

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.
Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 7,1-23

«⁷Y se reúnen ante **él los fariseos y algunos escribas** procedentes de Jerusalén.

²Y, viendo que algunos de sus discípulos comían los panes con manos impuras, es decir, no lavadas...,

³(porque **los fariseos y todos los judíos no comen** si antes no se han lavado las manos hasta el codo, aferrándose a la tradición de los ancianos; ⁴y [al volver] de la plaza, si no se inmergen [*bautizan*] no comen; y hay otras muchas cosas recibidas a las que se aferran, [como las] inmersiones [*bautizos*] de vasos y jarras y de utensilios de cobre y de camas).

⁵Y le preguntan **los fariseos y los escribas**: “¿Por qué tus discípulos no caminan según *la tradición* de los ancianos, sino que comen el pan con manos impuras?”.

⁶Pero **él** les dijo: “Bien profetizó Isaías sobre **vosotros, hipócritas**, como está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. ⁷Me rinden culto en vano, enseñando doctrinas [que son] preceptos de hombres’. ⁸Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”.

⁹Y les decía: “Bien anuláis el mandamiento de Dios para establecer *vuestra tradición*. ¹⁰Porque Moisés dijo: ‘Honra a tu padre y a tu madre’ y ‘el que maldiga a padre o madre, sea ejecutado’. Pero **vosotros** decís que si un hombre dice al padre o a la madre: ‘[Declaro] corbán, es decir, un don [para Dios], todo lo mío de lo que tú puedas beneficiarte’, ¹²ya no le permitís hacer nada por el padre o la madre, ¹³anulando así el mandamiento de Dios con *esa tradición vuestra*, que os habéis transmitido. Y hacéis muchas cosas semejantes a esa”.

¹⁴Y, convocando de nuevo a **la muchedumbre**, les decía: “Escuchadme todos y entended: ¹⁵no hay nada de fuera del hombre que, entrando en él, pueda mancharlo, sino que las cosas que salen [de dentro] son las que manchan al hombre”. ¹⁶Omitido.

¹⁷Y, cuando entró en una casa, [dejando] a **la muchedumbre, sus discípulos** le preguntaron sobre la parábola.

¹⁸Y les dice: “¿También **vosotros** sois faltos de entendimiento? ¿No sabéis que nada que entra en el hombre desde fuera puede mancharlo, ¹⁹porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y va a la letrina?” (Declarando puros todos los alimentos).

²⁰Decía: “Lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre. ²¹Porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde los malos pensamientos proceden: pecados sexuales, robos, asesinatos, ²²adulterios, acciones motivadas por la codicia, acciones perversas, engaño, indecencia, ojo malo, lenguaje abusivo, arrogancia, insensatez. ²³Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (7,1-15)

- A la sorprendente demostración del poder sanador de Jesús en la orilla occidental del Mar de Galilea (6,53-56), de población predominantemente judía, le sigue una discusión entre él y dos grupos relacionados de líderes judíos, los fariseos y algunos escribas. El pasaje se encuentra vinculado de una manera poco intensa con los precedentes mediante el tema del «tocar» (cf. 6,56), implicado en la controversia en torno a las manos no lavadas, y por el plural «los panes» (hogazas de pan) de 7,2, con el que se retoma el motivo de los panes que aparecía en 6,30-44 y en 6,52.

En su forma actual, este pasaje se encuentra estructurado en una serie de preguntas y respuestas:

- A) 7,1-5: fariseos y escribas *preguntan* a Jesús por qué sus discípulos violan la tradición
B) 7,6-8: Jesús les *dice* que su tradición es una enseñanza meramente humana
B) 7,9-13: Jesús les *dice* que ellos violan otro pasaje del Antiguo Testamento
C) 7,14-15: Jesús *dice* a la muchedumbre que nada que viene de fuera mancha
A') 7,17: En la casa, los discípulos le *preguntan* sobre la parábola
B') 7,18-19: Jesús les dice que no son las cosas externas las que manchan
B') 7,20-23: Jesús *dice* que las cosas que manchan son las que vienen de dentro

Este esquema muestra que existe un *paralelismo básico* entre 7,1-15 y 7,17-23: cada sección comienza con una pregunta, que recibe después dos respuestas relacionadas (A, B y B; A', B' y B'). Este es el modelo que habíamos hallado en 2,23-26. El paralelismo se rompe en 7,14-15 (C), donde aparece la tercera respuesta a la primera pregunta, una respuesta que se dirige a un *grupo distinto* del formado por aquellos que habían preguntado (se dirige a la muchedumbre, no a los fariseos y escribas).

El comentario se dividirá en cuatro secciones: el desafío de los fariseos (7,1-5); la primera refutación de Jesús, partiendo de la Escritura (7,6-8); la segunda refutación de Jesús, también acudiendo a la Escritura (7,9-13); la proclamación de Jesús sobre la pureza (7,14-15).

7,1-5: Desafío de los fariseos. El pasaje comienza con unos versículos introductorios que ofrecen el punto de partida para el debate posterior conforme al *estilo típico de las controversias*, presentando a los oponentes de Jesús, que son los fariseos y los escribas, con su objeción sobre las prácticas de comida de los discípulos de Jesús. El lector atento puede *descubrir ya una amenaza implícita* en la descripción de los fariseos y de los escribas (en 7,1), ya que les muestra juntándose (*synagontai*) en contra de Jesús, indicando además que los escribas han venido de Jerusalén. El verbo «juntarse» se utiliza en Sal 2,2 (versión griega LXX) para indicar la manera en que los gobernantes unen sus fuerzas en contra del Señor y de su ungido (el *christos*). En esa línea, el uso que aquí se hace de esa palabra puede constituir una manera sutil de recordar la profecía escriturística de la oposición al Mesías de Dios por parte de las autoridades. Además, en otros dos salmos se utiliza el mismo verbo para referirse a los malvados que conspiran contra los justos para quitarles la vida (Sal 31,13 y Sal 35,25). Y el hecho de que los escribas bajen de Jerusalén hace que aparezcan como originarios del *centro de la oposición*, es decir, de la ciudad donde Jesús será ejecutado, de manera que ese descenso puede ya entenderse como opuesto al *ascenso querido por Dios* y que Jesús debe realizar, subiendo de Galilea a Jerusalén.

Después, el evangelio describe cómo la hostilidad de los fariseos y de los escribas se concreta en una pregunta desafiante sobre la pureza ritual: «¿Por qué tus discípulos no caminan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen el pan con manos impuras?». El Antiguo Testamento no manda que los laicos se laven las manos; eso han de hacerlo tan solo los sacerdotes antes de ofrecer un sacrificio (Ex 30,18-21; 40,31; cf. Lv 15,11). Sin embargo, parece que en su tradición los fariseos han extendido a los no sacerdotes la exigencia del lavatorio de manos, partiendo del supuesto de que cada judío debería vivir como un sacerdote y de que cada casa judía debería convertirse en un templo. Esta tradición es la que forma la base para el desafío que los fariseos y escribas plantean contra Jesús.

- 7,6-8: Primera refutación escriturística de Jesús. Partiendo del principio de que la mejor defensa es un buen ataque, Jesús responde a la pregunta no con una respuesta directa, sino con una invectiva contra sus interlocutores y contra el concepto de tradición que subyace en su pregunta. Este ataque consta de dos partes, 7,6-8 y 7,9-13, cada una de las cuales consta de la fórmula «y les dijo-decía», una refutación bíblica y una conclusión en la que el mandamiento o palabra de Dios se opone a la tradición de los fariseos.

Para entender el argumento de Jesús resulta esencial mirar en el fondo de la polémica de Marcos. Así, en el entorno de Marcos ciertamente los fariseos no habrían aceptado la acusación de Jesús, que decía que sus tradiciones iban en contra de los mandamientos de Dios tal como se hallaban en su Biblia, el Antiguo Testamento (cf. 7,8-9.13). Al contrario, los fariseos más bien creían que la tradición les permitía cumplir correctamente los mandamientos de Dios. En efecto, conforme a su visión, las tradiciones no se oponían a la revelación, sino que eran una parte de ella que se había transmitido oralmente desde el Sinaí a través de una cadena humana ininterrumpida hasta los mismos fariseos. Este sentimiento de conexión con la revelación antigua es lo que ha dado al *judáismo rabínico*, sucesor de los fariseos, su gran *sentido de continuidad*, hasta el momento actual.

Sobre la base de ese presupuesto, a los fariseos les habría resultado fácil invertir algunos de los argumentos principales de Mc 7,b-13 para utilizarlos en contra de Jesús y de los cristianos. Después de todo, un principio básico de la palabra escrita de Dios, es decir, de la Torá que el mismo Dios había entregado a Moisés, era que Israel debía distinguir entre lo impuro y lo puro, entre aquellas criaturas vivas que podían comerse y aquellas criaturas vivas que no podían ser comidas (Lv 11,47). Cualquier persona que hiciera lo que Jesús está haciendo en nuestro pasaje, al negar esta distinción entre los alimentos y declarar que todos estaban permitidos (Mc 7,19), habría sido identificado inmediatamente como un seductor que alejaba el corazón del pueblo, separándolo de Dios (cf. 7,6) y de los santos mandamientos que él había dado a Moisés (cf. 7,8.9.13).

De acuerdo con esto, es el mismo Jesús el que puede ser acusado de reemplazar con mandamientos humanos (es decir, sus propios preceptos) la clara enseñanza de Dios, cayendo de esa forma bajo la condena de Is 29,13 (cf. Mc 7,7-8). Esta acusación resulta especialmente pertinente, dado que algunos textos apocalípticos que profetizan la apostasía del fin de los tiempos dicen que muchos judíos preferirán los mandamientos de los hombres, poniéndolos por encima de los mandamientos de Dios, es decir, de las Leyes de Moisés, haciéndose impuros a sí mismos, como los paganos; y en este contexto citan a Is 29,13.

Esta acusación podía haber sido fácilmente presentada por los judíos más piadosos contra los judeocristianos como Marcos, que apoyaban la violación de las leyes de comida y querían que se rompiera el muro de división entre el pueblo de Dios y los impuros gentiles. Más aún, esta acusación revestiría una importancia especial en el contexto de la guerra santa de los rebeldes judíos contra Roma (67-73 d.C.), en un tiempo en el que los sentimientos antigentiles habían crecido mucho y las transgresiones en contra de la pureza ritual se percibían probablemente como una amenaza al mismo compromiso bélico.

Jesús responde a la pregunta de los fariseos sobre el lavatorio de manos dando *su propia interpretación* del importante versículo de Is 29,13 (Mc 7,6b-7), pasaje que interpreta como una profecía sobre la hipocresía de los fariseos y escribas que imponen unos mandamientos humanos en lugar de la enseñanza divina. Según Marcos «esta hipocresía» no es una disimulación consciente, sino que expresa una *enfermedad profunda*. El corazón se ha separado de Dios y el pueblo ha caído bajo el poder de una tradición humana que ha vaciado la palabra de Dios, quitándole su fuerza y cegando a sus seguidores, de manera que no pueden contemplar la verdadera voluntad de Dios (cf. 4,11-12). Por eso, cuando los discípulos de Jesús muestren signos de una tendencia semejante, él les dirá: «¿Es que también vosotros estáis sin entendimiento?» (7,18).

Jesús pone un contraste fuerte entre *el término clave de los fariseos* («la tradición de los ancianos», 7,3) y el mandamiento de Dios, convirtiendo así la tradición en una categoría negativa.

- 7,9-13: Segunda refutación escriturística de Jesús. Al comienzo de la segunda serie de citas y comentarios bíblicos (en 7,9-13), Jesús repite la acusación anterior, afirmando que la tradición de los fariseos se opone al mandato de Dios, que ordena honrar a los padres (Ex 20,12/Dt 5,16). Teniendo eso en cuenta, observamos que Mc 7,6-10 forma un *quiasmo* o estructura circular:

7,6-7: cita del Antiguo Testamento

7,8: oposición de la tradición farisaica contra el mandamiento de Dios

7,9: oposición de la tradición farisaica contra el mandamiento de Dios

7,10: cita del Antiguo Testamento.

El punto central de este quiasmo está en *la antítesis entre la tradición farisaica y la voluntad divina*, punto que se repite en gran parte en 7,13. Jesús elabora así la antítesis entre la tradición farisaica y el mandamiento de Dios, poniendo de relieve un ejemplo específico de la tradición farisea que puede utilizarse para devaluar o negar la palabra de Dios (que habla a través de la Escritura).

El ejemplo que aduce Jesús constituye una *ficción legal*, una argucia por cuyo medio un hijo adulto podría pasar por alto su obligación de mantener a sus padres, invocando el cumplimiento de un voto (*korbán*). No tenemos evidencia de que los fariseos hayan defendido la práctica a la que aquí alude Jesús. Ciertamente sus sucesores, los rabinos, se han opuesto en concreto a ella. Sea como fuere, frente a esa posible casuística de los fariseos Jesús presenta el mandato de la Torá según el cual los hijos deben honrar a sus padres (Ex 20,12/Dt 5,16), uniéndolo con el dicho de la Escritura que sostiene que una persona que maldiga a sus padres debería ser condenada a muerte (Ex 21,17/Lv 20,9). Podemos decir que *la institución del korbán* y lo que ella revela sobre la corrupción farisea se presenta como *la primera clave de la respuesta de Jesús* a la acusación de los fariseos, que han denunciado a sus discípulos por haber ignorado de un modo culpable la tradición venerable que ellos representarían. Jesús responde diciendo que *esa tradición no debe ser honrada*, pues lejos de ser una elaboración necesaria de la palabra de Dios, como los fariseos suponen, se ha convertido en una subversión de esa palabra, como en este caso del *korbán*, suscitando y promoviendo el egoísmo de los hijos.

- 7,14-15: Proclamación de Jesús sobre la pureza. Por retóricamente poderosa que pueda ser la argumentación de Jesús, sin embargo no responde a la cuestión específica que está en el fondo de toda la discusión, es decir, no dice por qué razón los discípulos de Jesús no se lavan las manos antes de comer. Ahora lo hace, dirigiéndose a una *audiencia diferente*, la muchedumbre (7,14); y lo hace pronunciando una *sentencia sapiencial*, que explica todo el tema: «No hay nada de fuera de una persona que... pueda mancharla, sino que las cosas que salen (de dentro) y van fuera de la persona son las que manchan a la persona» (7,15). Con estas palabras, Jesús se enfrenta a la raíz del desafío de los fariseos, es decir, a la presunción de que tocando una cosa externa (como un pan) con otra cosa externa (como es una mano sin lavarse) el pan puede volverse impuro, provocando a su vez que se haga impuro quien lo come. Para Marcos, este dicho, que él llama parábola en 7,17, constituye el clímax de nuestro pasaje y el *punto central* de todo el conjunto formado por Mc 7,1-23. Marcos ha destacado la importancia de este dicho dotándole de una introducción que sirve para que los lectores presten atención: «¡Escuchadme todos y entended esto!» (7,14). Esta introducción es semejante a la que precede a la parábola del sembrador en 4,3 («escuchad, mirad»), que Marcos ha presentado también como una clave hermenéutica del conjunto del pasaje (cf. 4,13). Es más, lo mismo que en la parábola del sembrador, nuestra «parábola» viene seguida de una instrucción dirigida solo a los discípulos, una instrucción que desvela los misterios de esa «parábola». Estos detalles contribuyen a dar la impresión de que *estamos tocando una materia que es de importancia vital para la comunidad de Marcos*.

El dicho de Jesús, en la línea de la negación dialéctica propia de las lenguas semitas, podría haber tenido un sentido parecido a este: «Una persona *no queda tan manchada* por aquello que entra en ella desde fuera *como* por aquello que sale de su interior» (respuesta semejante a la de Filón, cuando afirma que la verdadera impureza es la injusticia y la impiedad, aunque continúe diciendo que, no obstante, debe mantenerse la observancia literal de las regulaciones rituales de la Torá). Pero nuestro dicho puede ser también objeto de una interpretación más radical, y este parece haber sido el sentido en que lo ha entendido Marcos. Ciertamente, aunque «no es lo que entra en la boca...» *pueda* significar «*no es tanto*

lo que entra en la boca...», este dicho puede significar *también* y de un modo más natural: «¡Aquello que entra por la boca no mancha al ser humano!». Mas en este caso, si la identidad de aquello que entra por la boca no tiene importancia, ¿qué pasa con las leyes alimenticias de la dieta judía? Esas leyes parecen quedar negadas de raíz, y con ellas se niega aquello que constituye el fundamento de todo el sistema judío de pureza, es decir, la afirmación de que las realidades externas pueden hacer que los hombres se vuelvan impuros.

Jesús afirma que las cosas externas no pueden hacer que alguien se vuelva impuro, añadiendo además, mediante una especie de *inversión de la sabiduría tradicional* y del sentido común típica de él, que lo que mancha al hombre o a la mujer es paradójicamente aquello que proviene del interior de una persona. El constante recurso que aquí (vv. 7-15) se hace a la palabra *anthropos* (ser humano) no puede ser accidental. La intención básica de Marcos parece ser la de afirmar que las tradiciones humanas terminan sofocando la revelación de Dios a causa de la inclinación o desviación básica del *anthropos*, que corrompe todo lo que toca -incluyendo la Palabra de Dios-. En el pasaje siguiente, Jesús explicará esta propensión al mal, mostrando que la fuente y origen de la corrupción del universo es el corazón humano, y no la comida impura.

SEGUNDA UNIDAD (7,17-23)

- Tras haber establecido su principio básico, que destruye la base de todos los sistemas de pureza o impureza (7,15), Jesús se aparta con sus discípulos, que le piden que ilumine para ellos el sentido de esta revolucionaria «parábola» (7,17). En su forma actual, esta explicación se divide en tres partes. 1) Pregunta de los discípulos (7,17). 2) Primera respuesta de Jesús (7,18-19). 3) Y segunda respuesta de Jesús (7,20-23). Las dos respuestas de Jesús tienen algunos elementos paralelos: ambas comienzan con una frase del narrador y terminan con una sentencia en la que se destaca la palabra *panta* («todos»), poniendo así de relieve la *universalidad* de la afirmación de 7,15.
- 7,17-19: Pregunta de los discípulos y primera respuesta de Jesús. El pasaje comienza con la entrada de Jesús en una casa con sus discípulos (7,17), dejando así atrás a la muchedumbre a la que ha dirigido su enseñanza sobre lo que realmente mancha (7,14-15). Los discípulos le preguntan inmediatamente sobre el sentido de esta «parábola» (7,17).
En la primera parte de su respuesta (7,18-19a), después de haber criticado, como es su costumbre, la incomprensión de sus discípulos (cf. 4,13.40-41; 8,17-21.33), Jesús empieza a superar esa incomprensión afirmando que las cosas exteriores no pueden manchar a una persona, dado que estas pasan a través del cuerpo, sin dejar en él su marca. Esa refutación, más bien ruda, resulta valiosa porque nos ofrece una visión según la cual la comida no se dirige al corazón, sino al estómago; en esa línea, en la segunda parte de su respuesta Jesús se centrará en el corazón como fuente de impureza. Sea como fuere, la «parábola de la digestión» no habría convencido a los judíos observantes de la Ley; Marcos parece ser consciente de ello y por eso cambia el argumento, con su comentario «declarando puros todos los alimentos» (7,19b); este ya no se fija (o se apoya) en el proceso físico de la digestión, sino que *pone de relieve la autoridad de Jesús* para redefinir el sentido de la pureza ritual.
Pero ¿partiendo de qué base redefine la pureza? La afirmación de 7,19 «declarando puros todos los alimentos» puede significar «declarando que todas las comidas se han vuelto *ahora* puras». Así, conforme a la visión de Marcos, el dicho de Jesús sobre la pureza en 7,15 constituye *una declaración performativa*, es decir, *que cumple la purificación que ella anuncia*, como la voz celestial de Hch 10,15 que dice a Pedro que comer alimentos no *kosher* (no puros) resulta aceptable. Además, aquella voz de Dios dirigida a Pedro utiliza un lenguaje comparable al de nuestro pasaje: «Lo que Dios ha hecho puro tú no debes hacerlo impuro».
En nuestro pasaje, Jesús está *cambiando de hecho* las cosas por medio de una declaración apocalíptica que proclama que todos los alimentos son (ahora) puros. Debemos dejar bien claro que la palabra de Mc 7,19 («declarando puros todos los alimentos») constituye una *interpretación marcana* de lo que Jesús ha dicho en 7,15, de modo que el evangelio no la presenta directamente como una palabra de Jesús. Este

dictamen (que todos los alimentos pueden ser comidos) solo fue destacado por los cristianos en el momento en que la entrada de un número creciente de gentiles en sus comunidades les obligó a tomar una decisión sobre un asunto tan importante. Esa decisión solo se tomó tras mucha reflexión y debate, e incluso, según algunos de los allí implicados, tras una revelación divina (cf. Gal 2,11-16 y Hch 10,1-11,18). Este puede haber sido aún un problema discutido dentro de la Iglesia de Marcos, puesto que, según Marcos, los discípulos preguntan a Jesús en privado sobre lo que ha dicho en 7,15 y su respuesta comienza de esta forma: «¿Así que también vosotros sois faltos de entendimiento? ¿No sabéis que...?». Este tipo de instrucción privada es a menudo una fórmula de Marcos para enfrentarse con problemas que han surgido *en su propio tiempo* (cf. 4,10-20; 9,28-29; 13,3-37). Por otra parte, el reproche de Jesús («¿así que también vosotros sois faltos de entendimiento?») sugiere que el problema de la pureza ritual sigue siendo una cuestión disputada no solo entre la comunidad de Marcos y los fariseos, sino *dentro* de la misma comunidad marcana.

Esta supresión de las leyes de comida del Antiguo Testamento, leyes que dividen a judíos de gentiles, está colocada de manera significativa delante de una sección del evangelio en la que Jesús alimentará a los gentiles (7,24-8,10). Esta supresión *precede inmediatamente* al pasaje donde el ingenioso diálogo de una mujer gentil con Jesús hace que este supere la oposición que siente para «alimentar» a los impuros «perros» no judíos (7,24-30), y poco antes de que sacie el hambre de cuatro mil personas que, probablemente, han de entenderse como gentiles (8,1-10).

Según eso, Mc 7,15, tal como ha sido interpretado por 7,19, abre el camino hacia el futuro de la Iglesia en su relación con el mundo: el muro de hostilidades, representado por las leyes alimenticias del Antiguo Testamento, que dividían a judíos y gentiles, ha sido destruido ahora, en el tiempo final, de manera que dentro de la comunidad cristiana todos los hijos de Dios pueden gozar juntos del pan de la vida (cf. Ef 2,14-15; Jn 6,51).

- 7,20-23: Segunda respuesta de Jesús. Ahora Jesús se centra en la verdadera fuente de la que proviene la impureza o contaminación: el mismo corazón de los hombres. Lo que mancha no es aquello que entra en los seres humanos desde fuera, sino lo que procede de su interior (7,20). El pesimismo antropológico y la simbología escatológica que aquí se expresan son semejantes a los que hallamos en los Himnos de los rollos de Qumrán, donde el salmista se presenta a sí mismo como «una fuente de impureza y de viles suciedades» (1QH 112,25).

El catálogo de impurezas que brotan del corazón descritas aquí (7,21-23) pertenece a un *género literario* bien conocido y usado en el Nuevo Testamento: es una tabla o «lista de vicios». Estos catálogos de vicios del Nuevo Testamento toman prestados sus temas de una forma literaria popular, dentro de un *mundo cultural más amplio*. Tablas de ese tipo eran comunes en los escritos estoicos, en otras obras de filosofía popular del mundo greco-romano y en los círculos judíos de la diáspora influidos por la filosofía helenista. Pablo, por su parte, ofrece no solo las «obras de la carne», sino también «el fruto del Espíritu» (Gal 5,22-23; cf. 1Cor 3,12-14). Debe de haber sido una reflexión de Marcos sobre la dura realidad de las posibilidades humanas la que ha hecho que en su texto no aparezca un tipo de lista positiva semejante.

En esa misma línea debemos añadir que el catálogo marciano de los pecados humanos se encuentra incorporado dentro de una *visión verdaderamente infernal de la vida*, en la cual el interior del corazón humano aparece representado como una caja de Pandora, una cueva de maldad, de la que provienen hordas de males de tipo demoníaco. Pues bien, incluso este catálogo de ofensas tiene cierta unidad y estructura (como se ve en el Infierno de Dante) y puede dividirse en dos partes: a) viene primero una serie de siete pecados en plural, que usualmente aluden a «casos concretos» (robos, asesinatos, adulterios...), formados en su mayoría por crímenes que pueden ser castigados conforme a la Ley del Decálogo (Mc 7,21-22a); b) después sigue otra serie de siete ofensas o pecados formulados en singular (engaño, indecencia, ojo malo...), de naturaleza más abstracta (7,22b).

A la cabeza de esa doble lista aparecen los «malos pensamientos». La estructura gramatical del texto sugiere que todos los demás males se encuentran en oposición a esta categoría abarcadora, ya que los «malos pensamientos» preceden al verbo «proceder», mientras que los restantes males siguen *después*. Esos «malos pensamientos» parecen formar la *versión marcana* del *yesser hara'*, es decir, «la mala

inclinación» que aparece en el rabinismo, aunque se encuentra enraizada en la Biblia. Esa inclinación constituye *el enemigo interior de Dios*, alojado dentro del corazón humano (Gn 6,5; 8,21; cf. Mc 6,21: «del corazón de los seres humanos»), como una fuerza salvaje que impulsa a las personas, quieran o no, a realizar acciones opuestas a la voluntad de Dios.

No puede ser casualidad que, tras esa *categoría global* («los malos pensamientos»), las primeras acciones perversas que se nombran sean *pecados sexuales*, pues en la filosofía popular helenista estos pecados formaban el primer ejemplo del aspecto caótico e ingobernable de la naturaleza humana, que persigue de un modo impetuoso sus propios deseos, ciega ante su propio bien verdadero; por su parte, en el judaísmo esos pecados aparecían frecuentemente asociados con los impulsos de la mala inclinación.

Tras los pecados sexuales, las cuatro ofensas siguientes (robos, asesinatos, adulterios, acciones motivadas por la codicia) constituyen infracciones en contra del decálogo. El último de estos primeros siete pecados que aparecen en plural (*poneriai*, «acciones perversas») da la impresión de ser algo superfluo después de los ejemplos anteriores; puede haber sido añadido simplemente para alcanzar el *número siete* y servir de transición al grupo más abstracto de los siete pecados que siguen.

Ese nuevo grupo de siete pecados se refiere más a *disposiciones internas* que a acciones externas, aunque se trata de aquel tipo de disposiciones que desembocan necesariamente en acciones destructivas. Es significativo que Jesús, que comienza su discurso criticando a los discípulos por su falta de conocimiento (7,1a), termina su catálogo de vicios o pecados citando la «insensatez» (7,22), un problema que afecta y aflige de un modo constante a sus discípulos (cf. 4,13; 6,52; 7,18; 8,14-21). Esta manera de poner de relieve la falta de comprensión de los discípulos corresponde seguramente, a la evaluación que el mismo Marcos hace de su propia comunidad: dentro de ella, algunos necesitan desesperadamente *una instrucción sobre las bases de la vida cristiana*.

Sea como fuere, los discípulos no están fuera del grupo de hombres y mujeres de cuyos corazones brota el mal en el mundo (cf. 8,33). Los problemas analizados en nuestro pasaje son *problemas humanos generales*; resulta por eso significativo el hecho de que *la última palabra* de nuestro texto sea *anthropos* (persona, ser humano: 7,23), que, como hemos visto, ha sido una palabra clave a lo largo del pasaje anterior (7,1-15). Esta palabra final (*anthropos*; 7,23) aparece también en 7,18.20 (2 veces) y en 7,21. Eso significa que aparece *cinco veces* en nuestro breve pasaje, lo que unido a las seis veces del pasaje anterior da una suma total de once veces en 7,7-23, una cifra que resulta *extraordinariamente grande*.

Por la gran cantidad de veces que se repite ese término (*anthropos*), parece que Marcos ha querido indicar que el problema básico que debe preocupar a los cristianos no es la forma en que han de comer, ni el alimento que han de tomar, sino *la corrupción interior del anthropos*. Esta malignidad o corrupción es la que destruye la vida separándola de la tradición, y haciendo que la misma tradición se convierta en enemiga de Dios, al desviarla por un camino de injusticia que se excusa a sí misma.

El pasaje termina de manera deliberadamente paradójica, con la repetición y ampliación de la segunda mitad del dicho sobre la pureza de 7,15, donde se afirma que solo aquello que sale fuera desde dentro es lo que mancha a una persona (7,23). En general, cuando se habla de «mancha» o suciedad suele decirse que las cosas que manchan son las que entran desde fuera al interior del ser humano. Pues bien, aquí se dice lo contrario: lo que mancha es lo que sale del interior humano. En este contexto debemos preguntarnos: ¿Cómo puede manchar a los humanos lo que sale de su interior? Quizá debamos responder diciendo que el hombre es esencialmente *un ser en relación con los demás*; en esa línea podemos añadir que aquello que sale de dentro y destruye las relaciones humanas destruye también algo que resulta esencial para la salud de los individuos.

De acuerdo con eso, Jesús *invierte de un modo total*, de arriba abajo, toda la noción de lo que mancha. Para personas que no están dispuestas a aceptarle como enviado escatológico de Dios, estas inversiones de Jesús se presentarían como invitaciones al desorden moral; por tanto, caerían bajo la denuncia de Isaías, que condena a los que llaman bueno lo que es malo, ponen la oscuridad en el lugar de la luz, cambian lo dulce por lo amargo y solo son sabios ante sus propios ojos (Is 5,20-21). Jesús elimina las fronteras impuestas por la tradición, por la ley e incluso por la lógica. De esa manera, Jesús plantea un desafío radical ante el pueblo: ¿Seguirá manteniéndose el pueblo dentro de las fronteras que marca la

tradición, para defender esas fronteras (como quieren los fariseos)? ¿O aprenderán a ver las cosas de otra manera, a través de los ojos de Jesús, es decir, tal como él las juzga?

De un modo muy significativo, el siguiente pasaje se desarrolla *en una frontera*, en la línea de separación entre el Israel bíblico y el mundo gentil; se centra en la relación de Jesús con una mujer que, desde el punto de vista judío, se sitúa fuera del círculo de la buena sociedad. Pues bien, tenemos que añadir que, en consonancia con aquello que se ha dicho sobre la aceptación del juicio de Jesús, esta mujer iniciará su argumento a partir de lo que Jesús le diga, para darle un sentido distinto... y Jesús la alabará por ello.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza